

ANDREA IZQUIERDO



PRIMERA PARTE

LA CHICA DEL

Zodiaco

LIBRA • ESCORPIO • SAGITARIO • CAPRICORNIO

 Planeta



ANDREA IZQUIERDO

PRIMERA PARTE

LA CHICA DEL
Zodiaco

LIBRA • ESCORPIO • SAGITARIO • CAPRICORNIO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Andrea Izquierdo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: © Lookatcia

Primera edición: junio de 2022

Depósito legal: B. 8.529-2022

ISBN: 978-84-08-25891-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**



PRIMERA PARTE

Libra

CAPÍTULO 1

—

EL DE LA BODA

En cuanto apoyo el zapato de tacón blanco en el suelo de la iglesia, soy consciente de que, cuando salga de ahí, mi vida nunca será la misma.

Me he estado preparando para este momento desde que la palabra «boda» salió de los labios de Carlos. En los últimos meses, he visualizado mil veces el DVD de la ceremonia en la que se casaron mis padres, que tenía una calidad tan baja que apenas se distinguía la cara de los invitados. Después, la de mi hermana y Gaston, mucho más pomposa que esta. Incluso recuerdo la de Daniela como si hubiera sido ayer. También me he cruzado con miles de vídeos en internet en los que el novio se echa a llorar en cuanto ve a la que va a convertirse en su mujer y tú lloras también, pensando que algún día te pasará algo así. Bueno, pues este es el día en el que todo eso me va a suceder a mí.

Sin embargo, a pesar de todas las emociones que las pantallas me han logrado transmitir, en cuanto pongo el pie en la iglesia me invade una sensación de terror. Un centenar de caras se giran para verme, como si fuera un objeto extraño traído de un país a miles de kilómetros de aquí. Al fin y al cabo, no es lo normal que la novia camine sola hacia el altar. Pero así es la vida, supongo. Me siento incómoda en mi propio vestido... y eso que al final lo pude elegir yo. Esos pequeños segundos que

tardo en recorrer el pasillo han supuesto meses de planificación. Casi un año. Y aquí estoy yo, aterrada, luchando contra el tic de mi ojo izquierdo. No puedo salir mal en las fotos, de modo que me lo toco con cuidado para mitigarlo. Aun así, la gente lo interpreta al revés y suspiran al creer que me estoy emocionando. Porque estoy emocionada, ¿no?

¿Lo estoy?

Durante todo este tiempo, ni siquiera me he fijado en que Carlos ya está en el altar, como manda la tradición, esperándome. Nuestras miradas se cruzan un momento y me doy cuenta de que está llorando de emoción. Se le han puesto rojas las orejas y una arruga le cruza toda la frente, como si estuviera intentando contenerse para no sollozar. Este es el momento que nos enseñan a todas las mujeres a esperar en algún punto de nuestra vida. Sonríe sin querer y me paro, preparándome para subir los tres escalones que me separan de él. La música sigue sonando y lo agradezco, porque mi tripa acaba de rugir. Ahora me arrepiento de no haber comido nada.

La ceremonia comienza y todos nos sentamos. La he ensayado tantas veces que me siento como un robot, repitiendo las frases y los movimientos que he repasado en estos últimos meses. Intento girarme en un par de ocasiones para observar a Carlos, pero las horquillas que me sujetan el velo me tiran tanto que me resulta casi imposible mover el cuello. Aun así, lo miro de reojo. Ahora que nos hemos sentado, se nota que estamos casi a la misma altura. Abre mucho los ojos, como si no quisiera perder detalle. Observo sus labios, sus facciones... Imagino a mis hijos con un perfil muy parecido al suyo. La verdad es que nunca me ha gustado el puente de su nariz, pero no me considero una persona superficial, así que no me preocupa. Lo realmente importante aquí es que sea un gran padre y que tengamos una vida feliz juntos.

Nos ponemos de pie unos instantes y luego nos volvemos a

sentar. Noto que el corazón se me acelera. Se está acercando el momento. Ya ha pasado casi media hora y sé que no falta mucho para decir *las* palabras. Ya escucho a mi madre sonarse la nariz en primera fila y me digo que Lucía estará igual.

Me imagino cómo va a cambiar mi vida a partir de ahora. Mi mente viaja hasta llegar a mi hermana Martina. Situada en la primera fila, sin saber que estoy pensando en ella ahora mismo, se encuentra a punto de llorar de emoción. Ella siempre dice que el día de su boda fue el mejor de su vida, que no lo cambiaría por nada. Ojalá, a veces, me pudiera sentir también así. Pero creo que, si me esfuerzo, lo puedo lograr. Al fin y al cabo, en eso consiste, ¿no? En las clases de preparación para la vida matrimonial que mi madre me había regalado siempre decían que el matrimonio consistía en ceder y en buscar los pequeños momentos felices.

Sin embargo, con cada día que ha pasado no he podido evitar que me asalten las dudas. ¿Cómo voy a acallar esos pensamientos si cada vez que veo a Valeria recuerdo el día que volví a casa y estaban en nuestra habitación? Entre risas y nervios, me aseguraron que estaban ultimando los preparativos de la boda y una sorpresa que me querían dar, pero la sorpresa de verdad ya me la habían dado al pillarlos de improviso. A partir de entonces, los mensajes que recibía de madrugada y los días que salía de fiesta sin subir *stories* se volvieron diferentes.

El cura nos invita a ponernos de pie y lo escucho de milagro.

¿Y si soy demasiado joven para casarme?

—Carlos Avellí, ¿quieres recibir a Anna Ferrer como esposa...

¿Y si me estoy precipitando?

—... y prometes serle fiel...

Ay, después de lo que pasó con Valeria...

—... en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad...

Me estoy mareando.

—... y, así, amarla y respetarla...

Lo va a decir. Lo va a decir ahora.

—... todos los días de tu vida?

Carlos ha estado carraspeando varias veces durante la pregunta del sacerdote para asegurarse de que no le falle la voz. Tan típico de él...

—Sí, quiero.

Un suspiro se cuele entre la multitud que tengo a mi izquierda. Vale, me toca. Es mi momento. Dos palabras y todo irá mejor. Dos palabras y mi familia estará feliz, nos compraremos una casa a las afueras de Valencia, adoptaremos a nuestros hijos y ya no seré el bicho raro entre mis amigas.

El sacerdote repite la fórmula del matrimonio, esta vez personalizada con mi nombre. De pronto, siento que pagaría todo el dinero del mundo por tener una máquina del tiempo. Lo que no sé es si iría hacia delante para ver mi futuro a su lado... o al pasado para cambiarlo todo.

Agito la cabeza levemente y trago saliva.

¿Por qué estoy pensando en esto ahora?

—¿... y, así, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

Se queda en silencio, esperando mi respuesta.

Carlos me mira con una expresión radiante. Abro la boca para culminar ese momento que tanto he ensayado y me quedo clavada. Los segundos se hacen eternos y siento que el sacerdote se mueve nervioso a mi derecha. A Carlos se le congela la sonrisa en los labios.

—Yo... no...

Trago saliva, recordando el encontronazo con Carlos y Valeria en mi propia habitación. Me llevo la mano al estómago de forma involuntaria. Siento cientos de ojos fijos en mí. Intento buscar unos que no tengan una mirada de compasión o de enfado, pero no los encuentro.

Pero ¿qué estoy haciendo?

—Necesito... —balbuceo, señalando hacia la puerta, y me agarro el vestido para bajar la escalera.

A continuación, todo sucede tan deprisa que no soy consciente de lo que está pasando. Atravieso el pasillo, sin correr, pero a una velocidad más rápida de lo que debería con la ropa que llevo. Escucho murmullos y preguntas, pero sigo mirando hacia delante, caminando directa al baño. Sé perfectamente dónde está porque me he pegado quince minutos encerrada en él antes de que empezara la ceremonia, para finalmente salir pensando en que la próxima vez que hiciera pis estaría casada. Agarro el pomo con fuerza y doy un tirón, escondiéndome en el primer sitio que veo. Pocos segundos después, la puerta se abre de nuevo.

—¡Anna! —La primera en llegar, por supuesto, es Martina. Detrás, aparece la cara de nuestra madre.

—¿Estás bien, Anna? ¿Te han entrado náuseas?

Mi hermana la mira con severidad y se acerca hacia donde estoy.

—¿Qué ha pasado? ¿Te sucede algo?

Abro la boca para explicarles que no, pero no puedo decir nada. Ni siquiera puedo llorar, y eso que me esfuerzo por soltar la rabia que llevo dentro. Me arden los ojos. Martina se sienta en el suelo, a mi lado, y me pone la mano en el hombro. Soy incapaz de articular una palabra hasta que mi madre dice que va a llamar a emergencias y suelto un grito para evitarlo.

—¡No me pasa nada! —bramo, y me pongo a llorar.

Ni siquiera sé con exactitud por qué me encuentro así, temblando y llorando en los baños de la iglesia. Pero estoy segura de que no son nervios por la ceremonia, ni estrés, ni ansiedad.

—No te preocupes, Anna. Esperamos un ratito aquí y cuando estés preparada volvemos, ¿vale?

Niego con la cabeza.

—¿Cómo que no? —pregunta mi madre, apretando los dientes—. Cariño, ahí fuera hay más de cien personas esperando a que termine todo esto para ir al banquete.

—Mamá, déjanos solas, por favor —le pide Martina. Aunque, más que una petición, es una orden.

Nuestra madre nos mira como si estuviéramos tramando algo, pero decide que lo mejor es esperar fuera hasta que se calme un poco el ambiente.

—¿Qué quieres que haga? —me pregunta Martina, una vez que mi madre abandona el servicio.

Yo la miro a los ojos, intentando decirle algo que no quiero verbalizar.

—Anna... —me suplica ella. A pesar de los kilos de maquillaje que lleva en la cara, puedo distinguir su expresión de preocupación.

¿Qué hago yo?

—No lo sé, ¡no lo sé!

Me empiezo a morder las uñas, pero entonces recuerdo que las llevo recién pintadas de ayer por la noche.

—Joder.

—¿Qué quieres que haga? —repite histérica.

Bufo, enterrando la cara entre las manos.

—No quiero, Martina. No quiero salir ahí.

Ella me mira con una expresión de pánico. No sé si ha entendido lo que quiero decir.

—A ver... Solo tienes que caminar hasta el altar de nuevo, repetir la fórmula completa hasta el final y punto. Y te prometo que a partir de entonces empieza lo divertido. El banquete, la fiesta... Bueno, las fotos son un poco pelmazo, no te lo voy a negar. ¡Pero ya no te queda nada, tonta! Además, piensa en cómo lo tiene que estar pasando Carlos ahora mismo. Va a pensar que te estás planteando cancelar la boda o algo así.

Saco la cabeza de su escondite y la miro con los ojos muy abiertos. Martina lo capta enseguida y se muerde el labio.

—¿Qué pasaría si...? —empiezo, pero ni siquiera sé lo que voy a preguntarle.

El silencio del baño termina la frase por mí.

—¿Estás... segura, Anna? —replica mi hermana—. Oye, es normal tener dudas. Todas las novias las tenemos antes de la boda. Son momentos muy estresantes para los que nadie te prepara. Queremos que salga todo perfecto y...

—Pero es que yo no quiero que salga todo perfecto —le rebato—. Simplemente... no quiero que salga. No puedo volver ahí, Martina. Es como si...

Ella me deja unos instantes para que termine la frase.

—Es como si lo mirara a los ojos y de pronto me diera cuenta de que, a pesar de todo lo que hemos vivido, no siento lo que se supone que debería sentir. No hay mariposas, no hay emoción, no hay nervios de los buenos... Solo hay ganas de desaparecer, de echar marcha atrás, de darme otra oportunidad, de cambiar de aires...

Martina me mira como si estuviera hablando en otro idioma.

—Anna... —Niega con la cabeza—. ¿No será todo esto por lo que pasó con Valeria?

Sí, pero no.

—No —digo, y no miento. Simplemente es uno de los muchos motivos que se han ido sedimentando en mi cabeza en los últimos meses.

Estaba dispuesta a perdonar una infidelidad, incluso con una chica de mi grupo de amigas, solo con que Carlos la admitiera. Pero todas las discusiones, las veces en las que yo le había tenido que pedir perdón aunque no tuviera la culpa..., habían ido dejando mella.

—No me digas que estás pensando otra vez en eso, Anna, por Dios. Creía que ya había quedado claro que no pasó nada

entre ellos dos, que solo estaban en tu casa y ya. ¡Es tu amiga! ¿Cómo iba a hacerte eso? ¿No crees que estás un poco... paranoica?

—Estaban en mi habitación, Martina —recalqué.

—¡Porque Valeria se había tirado una copa de vino por encima y fue al baño a lavarse!

—¿Y quién bebe vino con el novio de su amiga en su casa mientras se supone que estoy trabajando unos días en Londres!? ¿Te tengo que recordar que si los pillé fue porque volví un día antes para darle una sorpresa a Carlos?

Martina resopla, harta de escuchar la misma historia una y otra vez. Se muerde el labio. Seguramente estará pensando en qué habrá hecho mal para tener una hermana como yo.

—¿Qué hago? —le suplico, dejando atrás el tema de Valeria y mi casi marido.

—¿Me lo preguntas a mí? ¿Por qué no lo has dicho antes? ¿Cuánto tiempo llevas pensando en esto?

—¡Nada! ¡Ha sido el momento!

Y no estoy mintiendo.

Mi hermana suspira con resignación.

—¡Te lo prometo! —insisto—. Martina, por favor, ayúdame. No sé qué hacer, pero estoy segura de que no quiero pasar por esto.

Me señalo, con el vestido de novia ensuciándose en el suelo del baño.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Cancelamos la boda? Anna, sabes que esto es muy fuerte y que tienes que estar absolutamente segura. ¿Lo estás?

Trago saliva. El estómago me duele tanto que siento que me va a explotar en cualquier momento.

—Sí, lo estoy.